



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10787

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 19 DE OCTUBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagüe. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

¡ALERTA!

Tal es la voz que debemos dar los periódicos de los Departamentos, recordando de paso aquella liga para defendernos de las aspiraciones injustas nacidas al calor de los millones que la Nación dió en su mal hora á la industria particular.

Esas idas y venidas del señor Martínez Rivas y de los Gerentes de los Astilleros de Veá-Murguía son más que suficientes para alarmar á los tres Departamentos donde los Arsenales oficiales carecen casi por completo de trabajo y donde dentro de muy poco no habrá que decir «casi por completo» sino que podremos decir: ¡no hay trabajo!

El presupuesto de Marina, en lo que á nuevas construcciones se refiere y contando con los nuevos impuestos dedicados únicamente á este objeto, es bastante exiguo, y aun repartiéndolo muy bien, administrándolo mejor y alambicando hasta el último céntimo, apenas bastará para atender á los tres Arsenales oficiales que son los que el Tesoro público tiene el deber de alimentar.

Bien caro nos ha costado el ensayo de proteger á la cacareada industria naval particular, y buena prueba de ello es el precio (que nadie sabe, y que creemos no se sabrá nunca) de los tres cruceros del Nervión, el servicio que aun no ha prestado el ya desechado crucero «Filipinas», el recibir y pagar ya por cuenta del Estado al acorazado «Carlos V»—cuando aun no está listo para nada y va á montar la artillería á Tolón—los retrasos en recibir todos esos buques—cuyos retrasos debían haberse traducido en multas que siempre se perdonaron—y la falta de una buena distribución del presupuesto extraordinario para haber traído los tipos de extranjero y haber distribuido bien el trabajo en los tres Arsenales del Estado; cosa esta última, que hubiera podido hacerse perfectamente á no haber repartido á manos llenas aquel presupuesto extraordinario entre Veá-Murguía, el Nervión y la pequeña parte dada á la Graña.

Ahora estos centros, sobre todo los dos primeros, se agitan, como es natural, ponen en juego sus relaciones, reclaman y mueven cielo y tierra para que se les dé más trabajo, y como el presupuesto no puede dar mucho de sí, viene á presentarse este problema: ¿se dá trabajo á esos Arsenales particulares? pues los oficiales languidecerán, porque ni aun para tres puede dar desahogadamente el presupuesto y menos si se sigue con esa buena administración que manda hacer tres barcos exactamente iguales en cada uno de los tres Departamentos, cuando si hubiera discernimiento—nada más que buen sentido—si habían de hacerse tres buques iguales, los tres deberían hacerse en tres gradas que estuviesen una al lado de la otra.

Aquella organización de Arsenales que se prevenía en el combatiendo y en su mal hora derrotado pro-

yecto del Almirante Antequera, que luego se ha proclamado como excelente por todos, aquello, para nada se ha tenido en cuenta y las funestas administraciones de los Arias, Pasquín y Beránger—que no sabemos decir cual lo ha hecho peor—no han sabido ó no han querido tener en cuenta lo que es una organización de trabajos.

No pretendemos mermar el trabajo á ninguno de los tres Arsenales oficiales, pero si distribuirlo con buen sentido administrativo para que cada uno de ellos produzca lo que debe producir á fin de que se haga todo pronto y barato. Si así no se hace seguiremos tirando el dinero como hasta hoy.

Esperábamos ver iniciativas en el Almirante Bermejo pero vamos ya desesperando, porque á su edad, con su categoría y siendo un oficial de marina debía haber traído todo estudiado y ya se habría dado á luz un plan que creemos no existe desgraciadamente, y máxime cuando no olvidamos—¡ojalá pudiéramos olvidarlo!—que nuestro flamante Ministro de Marina dijo al recibir los Cuerpos de la Armada en el Ministerio que «continuaría la obra del Almirante Beránger.»

¡Que se haya olvidado el Almirante Bermejo de ese arranque oratorio que le llevó á adular al saliente anciano Ministro!

No terminaremos sin dar otra vez la voz de «alerta» á los tres Departamentos. ¡Ay de ellos si se duermen y ay del país que volverá á derrochar sin fruto!

GLORIAS NACIONALES

EPISODIO DEL LEVANTAMIENTO ABSOLUTISTA

19 de Octubre de 1832.

Hállándose las tropas que mandaba el general Mina ante los muros del cas-

tallo de Castellfullit, población á que habían puesto cerco, se hizo necesario volar un torreón que defendía una de las mejores entradas de la villa, si se quería penetrar en ella sin grandes pérdidas.

Habiendo el mencionado general ordenado á su ayudante D. Ramón M. Narváez que efectuara la voladura, éste, con excesivo arrojo, la llevó á cabo; pero fue en la empresa tan poco afortunado, que al llegar la noche apenas si había conseguido quebrantar algo la obra.

Cegado por el valor y por el desprecio de no haber cumplido en su totalidad la misión que se le encomendara, acompañado del capitán de artillería D. Casimiro Cañedo, se acercó á reconocer la puerta del torreón de la izquierda del puente, para derribarla á machetazos y franquear la entrada.

Efectuando el reconocimiento recibió una herida de alguna consideración sucediendo lo propio á Cañedo; y como éste cayera al mismo borde del foso y corriera el peligro consiguiente, olvidándose de sí mismo y poniendo á contribución todas las fuerzas que tenía, Narváez cogió con él y se incorporó á las tropas

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

ECOS MADRILEÑOS

Aquí tenemos ya á S. M. siamesa, al monarca de tez amarilla, de mostachos lacios, de ojos hundidos y pómulos salientes, esposo de cuatro mil mujeres! y señor y dueño absoluto de cinco millones de habitantes.

Será nuestro huésped durante unos días; y como buenos amigos que somos de él—no sabemos desde cuándo—le agasajamos espléndidamente y le traemos y le llevamos como á enemigo á quien se quiere deslumbrar con lo mejorcito que en casa tenemos, para convertirlo en amigo.

Y por cierto, que el buen señor, según nos ha contado el corresponsal de «El Imparcial», mostraba rostro de fastidio cuando apenas había traspuesto la frontera francesa. Si tal ocurría en Irún, donde le vió el aludido corresponsal, ¿qué le sucederá hoy, ó mejor el

dia que nos abandone, después de que le hayamos impresionado con los obsequios y fiestas que tenemos preparados?

Teniendo en cuenta el estado en que va á encontrarse la cabeza y el cuerpo de—venga un alfabeto entero—Pira Chulalongkorn I el día que deje á España, no nos extraña que hoy esté de moda viajar los soberanos de riguroso incógnito.

En la frontera comenzaron las presentaciones de autoridades y los banquetes, y esta es la hora en que aun el asiático monarca se pasa la mayor parte de las idas viéndolo y haciendo reverencias, que intercala, cual si fueran entremeses, con grandes y aparatosas comidas.

Ha visitado ya el Escorial, ha presenciado un desfile de tropas, le han sido presentadas las primeras autoridades de la nación y de Madrid, y ha sido festejado con un banquete de cien cubiertos; todo esto en corto espacio de tiempo, cuatro ó cinco horas.

Del programa de lo que le espera, no hablemos: visita á Toledo, Sevilla y Granada; función de gala en el teatro de la Princesa, revista militar, corrida de toros y las correspondientes recepciones y banquetes.

Su séquito es numeroso, y el equipaje lo componen ciento dos bultos de respetable tamaño.

Tanto él como sus hijos y servidumbre, visten trajes que traen á la memoria personajes de ópera fantástica. Todo se vuelve uniformes de vivos y variados colorines, llenos de bordados, y sin que en ellos falten las consiguientes bandas y condecoraciones.

En el contraste que ofrecen sus caras de amarillo sucio con los blancos uniformes, es lo que más se han fijado las gentes. Pero á decir verdad, otra cosa del monarca siamés ha llamado la atención más: las cuatro mil esposas que tiene, sin perjuicio de aumentarlas cuando guste.

Más de cuatro, al conocer tal noticia, por ahí andan dándose de calabazadas para adivinar cómo podrá vivir en paz con tanta mujer, y cómo se las compondrá para resistir á tanta suegra.

Sin ningún género de dudas, aunque la iglesia prohíba tener más de una esposa, Chulalongkorn, muere en honor de santidad y va, como mártir, derecho al cielo.

CARLOS II EL HECHIZADO

941

fiales y equipajes de los cuatro jóvenes restantes.

Cuando mas afanados se hallaban en esta tarea, Palomino lanzó un suspiro tan desgarrador que sus compañeros volvieron la cabeza.

—¿Que tienes? lo preguntó Arcabuz.

—Yo no sé, contestó el mayordomo; pero siento una pena que me ahoga. ¡Oh! ¡qué vida tan agitada!

—¡Y qué llena de peligros! añadió Corneja quitando el barro y la sangre de unas espuelas. ¡Qué peligrosa! ¡Quam multae molestiae superveniunt!

—¡Oh! vuelves otra vez á los latines, refunfuñó el sargento.

—Es que me acuerdo de todo lo que hace agradable mi existencia. No te molestes; es el último día que estaremos reunidos y debemos consagrarlo á la amistad.

Los tres se miraron como si en estas palabras encontrasen ciertas simpatías que los uniese.

—Es cierto, exclamó Arcabuz; sois unos dignos compañeros, y siento separarme de vosotros. ¡Qué diablos! acaso mañana nos reunamos otra vez y entonces ¡ocemos con lo que ahora estamos pasando.

—Sí, sí, contestó Palomino; pero cuando me acuerdo de...

CARLOS II EL HECHIZADO

940

poniente. Ráfagas húmedas de un viento templado, venían á silbar contra las ventanas de la habitación que ocupaban nuestros viajeros y el rumor de los mercados, el estrépito de los talleres, el ruido de aquella activa y laboriosa población, todo vino á formar un conjunto que despertó al mas listo y diligente de la servidumbre.

Arcabuz abrió un ojo, luego otro; sacudió los estufos de la pereza y se sentó en el lecho procurando no molestar á sus dos compañeros, que soñarían en aquel instante, el uno con sus latines y el otro con su libro de cuentas.

Después de levantarse, salió á un corredor inmediato procurando no hacer ruido con su pierna de palo, y se lavó en un pilón de agua para sacudir los últimos restos del sueño y el polvo y el sudor de seis días de camino.

Luego que hubo concluido aquella operación de aseo militar, después que limpió su ropa y hubo pasado revista á cuanto le concernía, hizo lo mismo con el equipaje de su amo y con las armas de este, examinándolas y quitándolas hasta la mas ligera partícula de polvo.

Corneja y Palomino despertaron media hora después, y los tres compañeros ya unidos se ayudaron mutuamente en el aseo de las pistolas, espadas, pu-

y descendiendo rápidamente por la cuesta que lo separaba del camino, se introdujo en su coche después de hacer con la mano el último saludo.

Los caballeros vieron alejarse al carruaje; extendieron una triste mirada por la superficie del mar, y casi quisieron sondear el fondo de aquel horizonte sombrío con la avidez del aventurero que lucha con el sentimiento y la esperanza.

—A caballo, exclamó Leon Bravo.

Todos obedecieron, y bien pronto se ocultaron entre la naciente oscuridad nocturna que se extendía como un velo mortuorio por toda la campiña.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 937